



Judit Jaimes

¿OTRA TERESITA CARREÑO?

Por F. de SALES ORTEGA

Como nuestra inmortal intérprete del piano, también esta niña de extraordinaria personalidad es venezolana.

Paseaba la otra tarde por la semioscuridad del Teatro Municipal conve-

años enormemente concentrada ante su piano era la genial intérprete de lo que yo me figuraba debiera ser "un pianista".

La verdad que se nos hace un poco raro que artistas de esta naturaleza

nales, me dí por enterado. Pequeña la muchacha para estudiar tan seriamente, y en tan particular "estudio" me dije Qué me voy a figurar que la mencionada niña, debiera ser la que poco más tarde escuchara

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

Dos años la fueron suficientes para presentarse en recitales. Esto era en el año 1945, y Judith tenía tan sólo seis años. Necesitaba una columna de cojines para que se la viera...

El Gobierno no podía dejar pasar desapercibida la talla gigante de esta espontánea artista, y le concedió un beca para proseguir estudios en los Estados Unidos. La célebre Profesora rusa Isabelle Venguerowa, en Nueva York, la tomó de su cuenta e hizo de ella lo que todos sabemos a través de innumerables comentarios de toda la prensa de los EE. UU. Cinco años en la América del Norte y los públicos de Nueva York, Newark, New Haven, White Plains, saben de su asombrosas interpretaciones que la sitúan en los pianos de la celebridad.

Al igual que nuestra inmortal Teresita Carreño, también ella da recitales para la juventud en Baltimore y Nueva York.

Y llega a Caracas de nuevo.

Pedro Antonio Rios Reyna, estaba ultimando detalles sobre su estreno en el Teatro Municipal, con el insigne Director Titular de la Sinfónica de St. Louis Vladimir GOLDSCHMANN con un magno programa:

Los Maestros Cantores de Wagner.

Concierto No. 1 para Piano y orquesta de Beethoven y Sinfonía No. 5 de Dvorak.

—Le aseguro, Profesor, que "ES EL MAYOR TALENTO DE ESA EDAD

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

den hacer mejor. ¿No lo cree Ud.?
—Así lo creo yo también, Judith.
—¡Ah! me encanta ayudar a mamá en los quehaceres de la casa; pero, naturalmente, cuando tengo tiempo.
—¿Estás muy ocupada siempre?
—¡Ay!... demasiado... figúrese, a mí también me encantan las muñecas, y una que conservo con mucho cariño, porque me la regalaron los estudiantes del Liceo Andrés Bello, la tengo casi desnuda a la póbrecita...
—Pero ¿cómo va ha ser?
—Mamá me ha prometido que ahora, cuando termine mis compromisos, me va enseñar a coser cosas bien bonitas, ¿oyó?
—Entonces te dedicarás por entero a vestirla para siempre.
—Ya veremos... porque también quiero practicar la natación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.
La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:
—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!
Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.
—¿Cuántos hermanos tienes Judith?
—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh!, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.
Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).
—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.
—¿Cuántos años tienes tú?
—Seis.
—¿Te gusta el piano?
—Sí, pero no sé tocar na-

Judit Jaimes

¿OTRA TERESITA CARREÑO?

Por F. de SALES ORTEGA

Como nuestra inmortal intérprete del piano, también esta niña de extraordinaria personalidad es venezolana.

Paseaba la otra tarde por la semioscuridad del Teatro Municipal conversando con el "maestro Roda" cuándo me llamó poderosamente la atención unos ensayos de tonalidad que partían del escenario.

Una vez... otra... y así hasta que, por lo visto, el pianista se iba acostumbrando a la condición acústica del teatro

Sin hacernos notar del artista fuimos aproximándonos hasta el escenario... frente a un imponente piano en todo el centro de la escena, casi no acertábamos a distinguir quién era el que tal estudio practicaba, pues apenas si se la veía desde nuestro escondite.

El "maestro Roda" sonreía, para él no era un secreto.

Una niña como de 10

años enormemente concentrada ante su piano era la genial intérprete de lo que yo me figuraba debiera ser "un pianista".

La verdad que se nos hace un poco raro que artistas de esta naturaleza puedan pertenecer al bello sexo. Y la verdad también es que no sabemos por qué tenemos que pensar así.

No podía figurarme que esta niña chiquitina a pesar de su destacada personalidad, con sus infantiles ademanes y andares resueltos por el teatro donde yo me la encontré minutos antes de oír su interpretación, era la misma a quien yo preguntara porque la viera levantar la tapa del piano con sumo cuidado, como si temiera la sorprendiese alguien en una travesura:

—Dime nina, ¿te gusta el piano?

—Un poco, Señor

—¿Y sabes tocar algo?

—Bueno, verá... todavía estudio.

Y con estas palabras fi-

nales, me dí por enterado. Pequeña la muchacha para estudiar tan seriamente, y en tan particular "estudio" me dije Qué me voy a figurar que la mencionada niña, debiera ser la que poco más tarde escuchara en perfecta disposición genial de gestos y movimientos para determinar el verdadero tono que necesitaba aquel teatro en los próximos conciertos que habría de dar?

Judith Jaimes, ha nacido en San Antonio del Táchira el 22 de Enero de 1939 tiene en la actualidad, por lo tanto, 12 años.

Apenas tenía ya cuatro años, cuando por curiosidad asistía a las clases que a su hermano mayor daba el profesor Don Miguel A. Espinel. Como en todas las casas en que la música es algo casi imprescindible, también en aquella tenía su piano y la pequeña niña de enormes ojos negros se enfadaba con frecuencia porque sus padres la regañaban cada vez que la

la matación y montar a caballo; esto último me vuelve loca... pero no sé montar.

La cara de Judith se anima para borrar la mueca de tristeza con que se lamentaba su falta de sapiencia en la equitación, y me dice triunfante:

—Pero mi mamá y yo somos las campeonas de la familia; nado mejor que toco el piano!

Nos preguntamos que clase de sirena será esta niña en playas caribeñas si practica mejor este deporte que su arte prodigioso.

—¿Cuántos hermanos tienes Judith?

—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh?, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.

Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).

—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Seis.

—¿Te gusta el piano?

—Si, pero no sé tocar nada.

—¿No quieres ser pianista?

—No. Quiero ser bailarina.

—Judith, asegura que su hermanita será una segunda Paulowa. A la pequeña Jaimes, de verdad le atrae el baile, y hasta inicia ya graciosos giros acrobáticos, que nos los muestra cuando sale corriendo porque ha dejado la mesa puesta en el momento que empezaba a almorzar.

Judith Jaimes, la pequeña andina que ha debutado con el impresionante conjunto de insignes profesores, bajo la dirección del eminente Director Vladimir Wolschmann, con toda una agrupación musical como nuestra Sinfónica, y en calidad de solista.

—Pero queremos conocer más íntimamente a la niña.

—Fuera de tu arte, ¿qué es lo que más te atrae como diversión?

—Pues verá, me entusiasma la lectura y el cine, pero este último cuando es bueno.

—Vamos a creer que serás demasiado exigente con el arte.

—Nada de eso (Judith se expresa como una personilla mayor.) lo que pasa es que algunas películas son muy tristes y hacen pensar bastante, y además,

nos en descubrir talentos, que la sentencia del Profesor Golschmann "ES EL MAYOR TALENTO DE ESA EDAD QUE HE CONOCIDO HASTA LA FECHA", no sólo es una promesa, es toda una absoluta realidad.

Judith Jaimes se despidió, y al estrechar esa manita pequeña, que tan maravillosamente sabe posar sobre el teclado de un piano, interpretando las obras inmortales de los grandes maestros, tenemos la impresión de que aquella sonrisa amplia sobre el marfileño marco de su cara típicamente andina, aquellos ojos que tanta simpatía expresan, serán los atributos materiales después de su arte, lo que otras edades y otros públicos habrán de recordar entre el enorme delirio de los aplausos que premian el arte, y elevan hasta la inmortalidad a los genios.

—¿Cuántos hermanos tienes Judith?

—Dos. Pero mi hermano es ya grandote. Este será el mejor geólogo del mundo. Esto no lo diga, ¡eh?, ¡¡por favor!! Actualmente está en los EE. UU.

Tengo además una hermanita que es muy bonita verá; (Judith ha salido corriendo para traer de la mano a una graciosa chiquilla de seis años).

—¿Cómo está Sr.? — Me dice la pequeña.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Seis.

—¿Te gusta el piano?

—Si, pero no sé tocar nada.

—¿No quieres ser pianista?

—No. Quiero ser bailarina.

Judith, asegura que su hermanita será una segunda Paulowa. A la pequeña Jaimes, de verdad le atrae el baile, y hasta inicia ya graciosos giros acrobáticos, que nos los muestra cuando sale corriendo porque ha dejado la mesa puesta en el momento que empezaba a almorzar.

Judith Jaimes, la pequeña andina que ha debutado con el impresionante conjunto de insignes profesores, bajo la dirección del eminente Director Vladimir Wolschmann, con toda una agrupación musical como nuestra Sinfónica, y en calidad de solista.

—Pero queremos conocer más íntimamente a la niña.

—Fuera de tu arte, ¿qué es lo que más te atrae como diversión?

—Pues verá, me entusiasma la lectura y el cine, pero este último cuando es bueno.

—Vamos a creer que serás demasiado exigente con el arte.

—Nada de eso (Judith se expresa como una personilla mayor.) lo que pasa es que algunas películas son muy tristes y hacen pensar bastante, y además,

nos en descubrir talentos, que la sentencia del Profesor Golschmann "ES EL MAYOR TALENTO DE ESA EDAD QUE HE CONOCIDO HASTA LA FECHA", no sólo es una promesa, es toda una absoluta realidad.



—... ¡¡no ponga eso, por favor!! En Nueva York, en una sola noche tuvo que firmar cuatrocientos autógrafos.